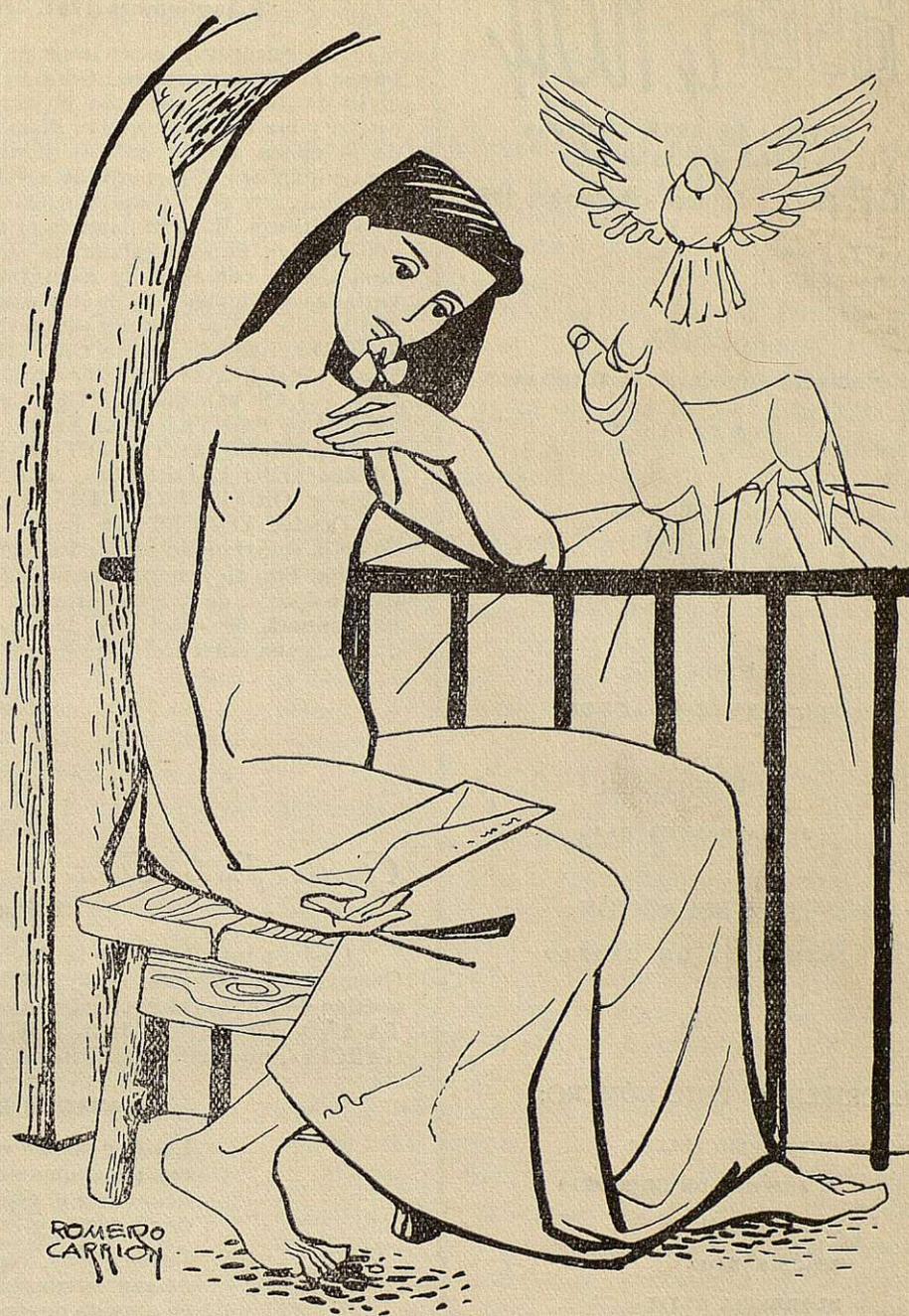


N.º 80

JULIO PORRES MARTIN-CLETO

OCTUBRE - DICIEMBRE 1962



ayer y hoy

ayer, hoy

REVISTA DE ARTE Y LETRAS

Depósito legal - TO - 20 - 1958

Núm. 80 Octubre - Diciembre 1962

EDITA

ASOCIACIÓN DE ARTISTAS TOLEDANOS

«ESTILO»



DIRECTOR

CLEMENTE PALENCIA

SUBDIRECTOR

JESÚS SANTOS BAJO

JEFE REDACCIÓN

SANDALIO DE CASTRO

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO:

GUILLERMO TÉLLEZ

F. JIMÉNEZ DE GREGORIO

RAFAEL BRUN

JESÚS SANTOS

FLORENCIA ORTIZ

R. SANCHO DE SAN ROMÁN

SANDALIO DE CASTRO

POESÍAS ORIGINALES DE

F. GONZÁLEZ LÓPEZ

JULIÁN LANCHAS

IMPRIME:
R. Gómez-Menor

DIRECCIÓN:
Puerta del Sol

TOLEDO

«Treinta años de labor del poeta colombiano Germán Pardo García»

6 Septiembre 1961. - Editorial Cultura, T. G., S. A. - MÉXICO

Nos encontramos en esta publicación con un alto exponente de la poesía hispanoamericana: Germán Pardo García, que nació en Colombia el 19 de Julio de 1902. Su poesía, de 1930 a 1960, abarca los temas, los estilos y las tendencias más dispares, tratados como verdadero hombre de la época actual, con un idioma que utiliza el vocabulario técnico contemporáneo, incorporándolo definitivamente a la poesía; comenzando, por tanto, con él el despertar del espíritu ante las conquistas nucleares y astrofísicas. Ha sido llamado el poeta de la Era Atómica.

Mas no es este solamente su talento poético, pues la manifestación de los más complejos y encontrados sentimientos al lado de las más variadas y simples tendencias ocupan sus sitios en su prolifera obra. Son los libros que recopila esta publicación: De «VOLUNTAD», de «LOS JUICIOS ILESOS», «LOS CANTICOS», «LOS SONETOS DEL CONVITE», «PODERIOS», «PRESENCIA», «CLARO ABISMO», «SACRIFICIO», «LAS VOCES NATURALES», «LOS SUEÑOS CORPOREROS», «POEMAS CONTEMPORANEOS», «LUCERO SIN ORILLAS», «U. Z. LLAMA AL ESPACIO», «ETERNIDAD DEL RUISEÑOR», «HAY PIEDRAS COMO LAGRIMAS», «CENTAURO AL SOL», «LA CRUZ DEL SUR» y «ORISIS PRELUDIAL».

Desde «VOLUNTAD» hasta «ORISIS PRELUDIAL», vamos pasando de la sensibilidad pura e infantil hasta la vasta exposición de poemas sociales. Son en general sus poemas, nuevos o antiguos, líricos, descriptivos o épicos, de una construcción y una belleza impecables. Su personal manera de «decir» y de «hacernos ver» las cosas, lo catalogan sin duda alguna entre los más selectos poetas de habla castellana.

S. DE CASTRO HERRERO

* * *

«Los ángeles de vidrio»

Germán Pardo García

Editorial Cultura, T. G., S. A. - MÉXICO

Casi a punto de cerrar la Revista, hemos recibido un nuevo libro de Germán Pardo García, «LOS ANGELES DE VIDRIO», y como la línea poética de Pardo García está definida en la recensión de su libro «TREINTA AÑOS DE LABOR DEL POETA COLOMBIANO GERMAN PARDO GARCIA», nos limitamos a transcribir dos sonetos de este bellissimo libro:

LA VIRGEN DE LOS BOSQUES

Los ángeles de vidrio que he formado
con glándulas de nieve y lentejuelas,
llenáronte el espíritu de estelas
de un verde girasol casi dorado.

Verde olivas, verde saturado
de azul verdecador. Verde que vuelas
en alas de quetzales y revelas
que un hombre es corazón maderizado.

Por eso un día te llamé llanura;
fronda aromante, cerrazón oscura,
verde hasta la raíz que está enterrada.

Verde mujer de pastos y de olivas:
Donde quiera que estés, en donde vivas,
juvenéceme ya con la mirada.

A LOS ANGELES NOCTURNOS

La materialidad volvióse río
y la perturbación deslumbramiento.
Altísimas acústicas del viento
dispersaron mi voz. Ya no soy mío.

Aguardadme un segundo y os confío
lo que aún vive en mí. Solo un momento
permitid mi retardo, porque siento
que mi fragilidad vuela al vacío.

Esperadme en silencio sin preguntas
y acudiré al lugar donde las puntas
de vuestra espada el tornasol no hiere.

Ya voy hacia vosotros. Las miradas
me brillan para el mundo despejadas,
y comprendí lo que la noche quiere.

BERRUGUETE Y EL GRECO

Por GUILLERMO TÉLLEZ

Académico de Número de la Real de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo

Rápidamente queremos dar unas notas de las posibles relaciones entre estas dos grandes figuras del renacimiento toledano. A pesar del deseo de ligarlas, hemos de confesar que estas relaciones no son abundantes, sino más bien escasas, por tener ambos ya hecha su cultura y su técnica al llegar a Toledo; pero, no obstante, Berruguete es el artista con quien más se puede relacionar el Greco.

La preocupación de presentar al Greco como un extraño hombre aislado, contribuye a la ofuscación de su persona y dificulta su comprensión. El Greco es una persona que se integra en el grupo de los grandes hombres que vienen formados en la cultura del renacimiento de Europa y que el Imperio Español les da ocasión y les ofrece empresas que sus culturas y sus técnicas son capaces de realizar. Son hombres como Colón y Magallanes, que vienen formados como nautas, y aquí ni dan clase ni reciben lecciones, sino que se les da ocasión de descubrir mundos. Y orfebres como Arfe y escultores como Juni y Berruguete, que aquí encuentran medios y ocasión de realizar sus grandes obras, que sin el mecenazgo del Imperio Español, no hubieran llegado a producir sus obras.

En el caso del Greco, el fallo ya más que hablado del Greco ante Felipe II, lo remedia la caballerosidad de un grupo de señores toledanos, quienes le dan trabajo, protegen sus pleitos, le salvan sus deudas. Sin estos caballeros toledanos, el Greco hubiera seguido de caminante errante, a disolverse en la nada.

Por esto de venir formado, los antecedentes de enlace, por lo menos los iniciales, son escasos. Puede influirse bastante de Correa, de quien puede tomar el tema en los cuadros de crucificado con donantes y que pasa a otras composiciones con temática análoga.

La Gloria con el San Juan Bautista enfrente de la Virgen, que pasa al Conde de Orgaz como asunto clave, también lo pudo ver en la Sala Capitular con los frescos de Borgoña, relación posible, aunque el tema sea bizantino, nada estudiado, por lo despectivamente que Cossío trataba a la obra de Borgoña.

Merediz, en su opúsculo sobre la transformación toledana del Greco, nos habla de la influencia de las vidrieras de la Primada toledana. No obstante, creemos que estos influjos son poco decisivos y no muy fuertes. Los de Berruguete pueden ser los más fuertes y los podemos distribuir en analogías, coincidencias e influencias.

ANALOGÍAS.—En primer lugar, los dos vienen formados de Italia, los dos giran bajo el ámbito de la Mitra Toledana y ambos cierran grandes períodos del arte toledano: Berruguete, el de la escultura. Greco, el de la pintura, y los dos son básicamente miguelan-gescos.

Coincidencias tienen varias; recordemos, sin ser de aquí, que el uno y el otro, mueren en Toledo los gran-

des hombres del renacimiento. Aquí muere Navarrete, casi el año de llegada del Greco, y el autor del Cortesano, Baltasar Castellón.

A Berruguete le nace una hija; el Greco tiene en Toledo su único hijo. En Tavera vivió, hasta su muerte, el Greco, muriendo en la tan cacareada torre del reloj. También el hijo del Greco vivió en Tavera.

Berruguete y el Greco, con la interpolación de Antonio Arfe, el de peor genio de todos los Arfe, forman el tríptico de grandes prebarrocos, dentro del corazón del renacimiento español.

Concretemos ya las influencias y las relaciones estilísticas entre ambos. El Greco vería si se llegó a realizar el retablo de Reyes Nuevos, para el cual dio las trazas Berruguete. Seguramente, vió en el sitio en que estuviese el extraño retablo de Santa Ursula, cuyo grupo de la Visitación es de lo que tiene más analogía estilística, con el aparente arte improvisado del cretense.

La analogía más visible está en algunos tableros de los tallados por Berruguete en la sillería del Coro de la Primada, en donde hay figuras como el San Sebastián, que tiene ritmos de líneas concordantes entre el Santo y el árbol, que le acercan al San Sebastián de Palencia del Greco. La mayor relación está en el retrato de Tavera, del cual ha dicho Cossío que era la mascarilla de Berruguete, a la que se le han abierto los ojos. Marañón cita con cariño esta frase. Yo recuerdo con respeto la opinión de Stewart Dick de que tenía una cara de aparecido y le reputaba uno de los mejores cuadros del mundo.

El Greco, desde luego, forma un grandioso terceto con Borgoña y Berruguete. Borgoña inicia el renacimiento en pintura, Berruguete lo media liquidando la gran escultura y el Greco liquida esta época artística, no en Toledo, sino en España, creando la pintura barroca por el puente Tristán-Orrente-Mayno.

El Greco cierra el ciclo de la pintura del renacimiento con el aporte más hispanizado, con su arte enigmático que escapa a toda comprensión. Y para acabar, un recuerdo a Stewart Dick.

Ya, en la sepultada colaboración de «El Alcázar», dije lo que sabía. El único ejemplar que vi de su obra es el que tengo. Sólo recuerdo que le cite de trato cercano Cossío, y me parece que aún no había escrito su libro sobre Toledo. Es posible que no lo mandase a Cossío. También trató a Beruete, el cual tenía interés en que se supiese que en su colección había un viejo, presunto autorretrato.

Stewart Dick forma uno de tantos turistas intelectuales que, de vuelta a su nido de trabajo, practican aquello de «si te he visto, no me acuerdo». Nosotros, sí, en cambio, nos acordamos de ellos para mandarles a que hagan los paseos por su cuenta, dirigiéndose sólo a sus objetivos culturales que pretendan.

Presencia de lo toledano en Santa María de Guadalupe

POR FERNANDO JIMENEZ DE GREGORIO
Académico de Número de la Real de Bellas
Artes y Ciencias Históricas de Toledo

I

EN LAS VILLUERCAS

La antigua Puebla de Santa María de Guadalupe es la capital de Las Villuercas, comarca serrana, separada por el Puerto de San Vicente de La Jara, de la que se diferencia porque aquélla es más agreste, montañosa y despoblada. La primitiva Puebla se fundó en el año 1330, estuvo amurallada y siempre protegida por la fortaleza que entonces era el Monasterio.

La carretera, excavada en la dura cuarcita, desciende rápida desde el puerto al valle, por suelo repoblado de pinos y eucaliptus; se intensifica la guía y el cuidado de los chaparros y de los pequeños grupos de alcornoques.

Es también, más que La Jara, paraíso de los cazadores; para demostrarlo, se levantan frente al coche densos bandos de perdices de rápido y fatigoso vuelo.

Contrastan los troncos rosa de los alcornoques descortezados, con el verdor del jaral y algún filadío de blanquísimo cuarzo.

Pasamos el Guadarranque y, en seguida la extensa dehesa de Valdepuercas, con abundoso chaparral. Andamos por un suelo deshumanizado, sin una casa de labor, sin un cultivo, vacío de población entre las provincias de Toledo y Cáceres, en donde predomina el montoso latifundio.

En el paraje de El Estrecho, se ve la cueva de Galo, temido bandido de Las Villuercas; en esa inaccesible hendidura de la roca tenía seguro cobijo. Pasado este lugar, se va enrareciendo el bosque y aparecen las primeras manchas amarillas de los rastrojos que dejaron de verse en la culminación de El Puerto de San Vicente.

Cinco buitres sobrevuelan, solemnes y macabros, el intenso azul.

Por fin, después de veintidós kilómetros de vacío de población, se destaca en el horizonte, dominante, blanco, sobre una loma, el caserío de Alía, que significa *alta*. Me recuerda la posición y el topónimo, a nuestra villa de Olías, también sobre una loma y significando lo mismo. La mole de la iglesia de Alía, de línea gótica, y el esbelto silo son las máximas verticales que dominan el paisaje.

Corremos ahora por un suelo grato, cultivado de olivas, vides e higueras.

Poco a poco este suelo se va haciendo más áspero, montañoso. A lo lejos se alza el macizo de la Sierra de Guadalupe (1.620 m.), una de los gigantes del sistema de los Montes de Toledo. En su ladera el caserío de Guadalupe.

Salvamos el Guadalupe, topónimo que significa *río de los lobos*; sobre él un viejo e interesante molino fortificado, el único que conozco con almenas; por cierto poderosas y en general bien conservadas. El paisaje es ameno, agrio y muy movido. Sobre él cabalga el colosal puente que salva el Guadalupejo, utilizado por el ferrocarril de Talavera a Villanueva de la Serena. En el arco mayor del puente, se reproduce en mosaico la imagen de la Virgen de Guadalupe, con la leyenda *Ave María*.

Un poco más y estamos frente a los bastiones del Monasterio y las viviendas guadalupenses. A éstas las dominan las torres circulares, cubiertas con chapiteles de azulejos verdes y amarillos.

La plaza de La Puebla de Santa María de Guadalupe nos recibe con el monótono cantar de los límpidos chorros de agua que vierten incesantemente sus caños, engastados en una gran bola de granito. A esta fuente llega, desde hace siglos, el agua encañada de las próximas sierras.

Plaza medieval con viejos soportales, sostenidas por toscos puntales de madera, poyos, que han visto a lo largo de seis centurias, las llegadas de miles de peregrinos de las tierras aledañas y de las más lejanas de Andalucía, Portugal, América y Filipinas. Entre ellos iban poderosos monarcas, altivos nobles, heroicos guerreros conquistadores y humildes labriegos de los contornos. La fuente apagó la sed del cansado caminar, los portales y los poyos, dieron sombra, descanso, frescura y paz al peregrino.

II

EN EL SANTUARIO

La plaza de Guadalupe está llena de sol, de mucho sol que toman los viejos en los poyos de los soportales; el sol que templó el frío serrano de este mes de Agosto guadalupense.

Los albañiles están limpiando de postizos la gran fachada plateresca del Monasterio, volviéndola a su primitivo estado.

Contrasta el ruralismo de la plaza y del caserío con la majestad de la gran escalinata que accede a la iglesia y con la monumental fachada conventual.

Visitamos el Monasterio. En la ante-sacristía un cuadro representando el martirio de San Lorenzo, atribuido, verosímelmente, al toledano Tristán, el mejor discípulo de El Greco.

El Claustro mudéjar nos recuerda las estructuras toledanas; ocupa el lugar del que fue patio del primitivo castillo, que guardó el Santuario.

En la permanente exposición de ornamentos litúrgicos se pueden estudiar telas del siglo XV, pertenecientes a Enrique IV y a su madre María de Aragón, ambos aquí enterrados. La vista de las telas me trae al instante el recuerdo de las actuales labores artesanas, tipo *lagartera*. Es admirable esta permanencia de los modelos a través de cinco largos siglos. El tapicero Diego de Toledo, natural de esta ciudad, borda un tapiz en el siglo XV; constituye una de las mejores piezas del singular y, en algunos aspectos, único museo.

El motivo del milagro hecho en el arzobispo toledano San Ildefonso, se repite una y otra vez: En este grandioso y complejo monasterio se conserva un cuadro del siglo XVII, atribuido a un pintor de la escuela de Zurbarán, de claro influjo sevillano.

El notable Relicario monacal, obra de Juan de Vergara, rico y severo, me recuerda el Ochavo de la Catedral Primada.

El camarín de Ntra. Sra. Sta. María de Guadalupe preside, desde su altura, el templo de góticas bóvedas. Es sabido que la imagen, igual que la de Ntra. Sra. del Sagrario es sedante, aunque se cubra con precioso manto ya tradicional y al parecer inseparable de las figuras de estas vírgenes románicas. Es creencia que esta imagen de Guadalupe fue traída de Roma a Sevilla durante el episcopado de San Leandro, época visigoda. La intransigencia y persecución almorávide obligó a salir de esta ciudad de Sevilla y de otras andaluzas a numerosos grupos de mozárabes; los sevillanos se establecieron en Talavera. Supongo que fue entonces, al pasar por la escabrosa y aislada comarca de Las Villuercas, cuando guardarían la preciada imagen, que con ellos sacaron de su patria, en aquellos breñales. Después se apareció a un hombre llamado Gil, vaquero de oficio, avecindado en Cáceres; este personaje, por concesión Real, añadió a su nombre los apellidos de *Santa María de Albornos*.

Alfonso XI mandó levantar, en el lugar de la aparición, una capilla a la advocación de Santa María de Guadalupe, situada muy cerca del nacimiento del río de este nombre. La dotación a la capilla va unida a la población toledana de Illescas, por haberse firmado en ella, el 25 de Diciembre de 1366, el privilegio por el que se incorpora la naciente construcción al patrimonio Real, dotando al Santuario de un prior y seis capellanes. Ocupó aquella dignidad nada menos que el cardenal Barroso; el cuarto prior fué un deán de la Catedral Primada.

También en Illescas, el 15 de Abril de 1347, Alfonso XI mandó señalar los términos de Guadalupe, entre Talavera y Trujillo. Después, ya en tiempos de Juan II, en el 1389, el Santuario convertido en Monasterio se entrega a la Orden Jerónima, siendo su prior Fray Fernando Yáñez.

A mediados del siglo XV, un hijo ilustre de Illescas era fraile del Monasterio; me refiero a Fray Gonzalo de Gómez Bravo, más conocido por *Fray Gonzalo de Illescas*; allí profesó y fue prior. Tuvo otros cargos importantes como el de confesor y consejero de Juan II. El cabildo de Córdoba le hace obispo de esa ciudad, en el 1454. Muerto en el 1458, fue enterrado en el

Monasterio de Guadalupe. En la sacristía queda inmortalizado por el pincel de Zurbarán.

La Puebla de Santa María de Guadalupe perteneció al reino de Toledo, y en lo eclesiástico continúa formando parte de la archidiócesis primada.

El Monasterio, bajo la influyente férula de la Orden Jerónima, se convierte en el primer Santuario Mariano de la Península, al que llegan los más poderosos de toda la tierra, convirtiéndose, con el grandioso hecho de *La Descubierta de las Indias*, en el Santuario de la Hispanidad.

Protegido por los reyes castellanos desde Alfonso XI, no sin excepción, después por los de la dinastía austriaca, eclipsa a cualquiera otro Santuario español, incluido el de Compostela. No hay hecho importante en la Historia de España de los siglos XIV al XVII, que no tenga su fuerte resonancia en estos venerables muros de Guadalupe. Los Borbón dejan de proteger al Monasterio. Las leyes desamortizadoras de Juan Álvarez de Mendizábal, en el primer tercio del siglo XIX, arruinan en lo económico la pujanza monacal que había llegado a contar, en los siglos XV y XVI, con cuarenta y cinco mil ovejas merinas, siendo el miembro más importante del todopoderoso Consejo de la Mesta.

Después de unos años de triste abandono, se hace cargo del glorioso Santuario la Orden Franciscana, que trata, en lo religioso, de volver a los áureos tiempos del pretérito guadalupense.

III

RECORDANDO A ALFONSO X

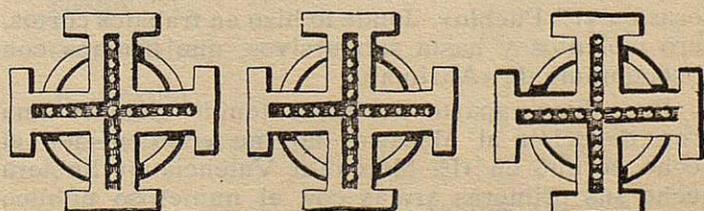
En la calle de Sevilla, la más importante de la población, la que reunió el comercio y alojó a los peregrinos, se abre la fortísima fachada plateresca de la casa en la que vivió y murió, en 1560, el Ldo. Gregorio López, oidor del Consejo de Indias, ilustre y celebrado comentarista de Las Partidas, que compusiera el toledano Alfonso El Sabio.

El caserío cabalga sobre una loma por la que reptan las graciosas callejuelas, adornadas en sus balcones con profusión de flores.

Vuelan los balcones de madera, como pesados armatostes que se agarran a las rústicas fachadas.

Guadalupe es un pueblo serrano y ganadero, como bien lo dicen los inequívocos olores que dominan sus calles. Las viviendas, algunas con portadas ojivales y maderas de postigo, se distribuyen en dos plantas, a veces la segunda sostenida por gruesos puntales de madera.

Con esto dejamos Guadalupe y volvemos a nuestros lares toledanos, después de admirar el embalse de Cijara.



AZORIN

EN TOLEDO

Por RAFAEL BRUN

Para dentro de poco, Azorín, el pulcro y atildado Azorín, gran estilista, moldeador y cincelador de nuestro idioma, que en prosa tersa y brillante ha sabido elevar a grandes las pequeñas cosas, y a extraordinarias las de mediana altura, cumplirá 90 años. Quizá por eso, ahora, en su gloriosa senectud, ha consentido que sean publicadas sus obras completas que en nueve tomos de cuarto de un millar de páginas cada una ha editado Aguilar, algunas muy poco o casi desconocidas, y que ahora, juntas, nos dan las medidas dimensionales del Maestro al que desde hace muchos años admiramos y ojalá que las huellas de su caminar supiéramos imitar y seguir.

De alguno de los motivos en el recapitulado de sus obras, habíamos oído hablar, pero nunca con la amplitud que ahora se nos ha dado a conocer. Azorín, de padres acomodados, nace, como es sabido, en el alicantino Monóvar, donde aprende sus primeras letras, y sus primeros estudios los cursa en los escolapios de Yecla, para después seguir la carrera de Derecho en varias Universidades: Valencia, Granada, Salamanca, Valladolid, para terminar en Madrid; lo que prueba que es inquieto el joven universitario a quien en Valencia ya le place ver paisajes, observar la Naturaleza, representar a Vico y Zaconi, cantar a Viñas, aplaudir en los toros a Lagartijo, Reverte, Fuentes y el Guerra, oír música en el suntuoso café de España, comprar un Baudelaire o un Leopardi en la librería de viejo de la calle de Querol, para perfeccionar el francés y el italiano, o comprar otros libros viejos y raros que le deleitaban y que aún siguen en su devoción. Allí, en Valencia, Azorín acudía a lugares y sitios que más tarde visitaríamos nosotros, como la pastelería de la céntrica calle de Las Comedias, próxima a la Universidad, donde también acudíamos en altas horas nocherniegas para tomar un blanco y negro que consistía en un panecillo — pataqueta le llaman en Valencia— con dos loganicetas, una blanca y otra negra, de donde procedía su nombre.

Pero de todos estos recuerdos que de su estancia en Valencia Azorín evoca, hay uno, para nosotros, de gran predilección; sus comienzos como periodista en «El Mercantil Valenciano», diario donde colaboró como crítico teatral, dejando de hacerlo al poco tiempo por acrimonías en sus enjuiciamientos muy en consonancia con el espíritu combativo de su autor, aunque no de su Director, D. Francisco Castell, que por aquellos tiempos tenía una tendencia moderadora entre la conservadora que representaba el diario «Las Provincias», que dirigía D. Teodoro Llorente, y las de izquierdas, que orientaba «El Pueblo», fundado y dirigido por Blasco Ibáñez. Del Mercantil pasó a colaborar en «El Pueblo», donde lo hizo en trabajos cortos, pero violentos y hasta subversivos, que firmaba con el seudónimo de «Ahriman».

Pues bien, aparte de haber tenido siempre una gran devoción al Maestro, no me era conocido el hecho de que en «El Mercantil Valenciano» hubiera hecho sus primeras armas con el numeroso público

lector de este diario, porque yo, también en él, las hice, claro que con la diferencia de unos veinte años después.

A Azorín, durante muchos años, sus no amigos lo han considerado escritor intrascendente, soso, ñoño, reiterativo, pesado; en una palabra, no teniendo presente sus detractores que en las más de las veces se limitó a copiar y reflejar la vida real, colmada y saturada de esas naderías, de esas soserías, de esas ñoñeces que él, como decimos, reflejó como nadie ha sabido hacerlo. Mas cuando el motivo lo merecía supo elevarse a cimas por pocos escritores superadas, y si no véase la página que con motivo de un viaje que a Toledo hiciera, describe la impresión que le causara el mejor de los retratos que, a decir de los entendidos, el Greco realizara: el del Cardenal Tavera.

Dice así: «Este divino Greco, me hace llorar de admiración y angustia. Sus personajes alargados, retorcidos, violentos, penosos, en negruzcos tintes, azulados violentos, violentos rojos, palideces cárdenas, dan la sensación angustiosa de la vida febril, tumultuosa, atormentada, trágica. ¡Qué retrato el del Cardenal Tavera! Irradia luz sombría su cara larga, angulosa, huesuda, tintada de gris, hundidos los ojos, secas las mejillas, rígida, autoritaria, fanática. El brazo extendido, la fina mano puesta sobre el diminuto breviario, viven y se mueven, tienen la actitud imperativa de la altivez del magnate. Todas las manos del Greco son violentas, puestas en extraordinarias actitudes de retorcimientos, crispaduras, súplicas, éxtasis. Todas sus caras son largas, cenceñas, amojamadas, pizarrosas, cárdenas. Theotocópulo junta el Espíritu; es el pintor de la esencia. Ved los grandes y acongojados ojos de su retrato. Exasperado, febril, loco, lucha ante el lienzo, pinta, repinta, borra, vuelve a pintar; se cansa, se fatiga, se extenua, hasta que la visión exacta queda limpia, fija, inalterable, en mancha sombría, «en crueles borrones», en tormentoso dibujo que expresa el dolor, la fe ardiente, la ingenuidad, la audacia, la fuerza avasalladora de un pueblo de aventureros locos y locos místicos...»

¿Quién, como decimos, ha hecho del Greco una página tan vibrante y lírica, una descripción tan calurosa y apasionada como ésta?

El Maestro Azorín que en sus años mozos madrileños de tantas escaseces supo, y cuyos horizontes en los de su senectud tampoco le ofrecían rientes perspectivas, tuvieron solución porque un grupo de tres amigos, a cuya cabeza figuraba el finado Doctor Marañón, un día, sin alharacas, sin bombo ni platillos, le hicieron entrega de un cheque a su favor de medio millón de pesetas. Después, la fundación March, le concedió un premio de igual cantidad, con lo que este gran señor, este gran Maestro de las letras españolas, fue puesto a cubierto de este periplo de la vejez en la que se es frecuentemente olvidado hasta de los mejores amigos.

REMEMORANZA DE

RAFAEL GÓMEZ ORTEGA (El Gallo)

A mi querido amigo José Robledano, buen «catador» de la fiesta y mejor dibujante.

En su menudo cuerpo de abolengo gitano
cimbrearón los juncos de sus venas toreras
que en las tardes de gloria, cual ciclope obsidiano
puso traspuntes rojos de acciones agoreras.

Cuando hervía la fiesta en la sartén del Coso
con estatuas de carne y temblor de emoción,
el duende de su arte migratorio y celoso
huía despavorido buscando el callejón.

Después, se hacía la calma, y la capa de seda
—que orlaba su figura enhiesta hasta los pies
meciéndose serena como un cisne de Leda—
burlaba afarolada las astas de la res.

Bajo su capotillo se abrieron rojas rosas
que perlando con sangre el amarillo asiento,
el ciclo de la historia fertilizó gloriosas
de uno a otro hemisferio en los brazos del viento.

El oro de la fama fue su luz y su vida;
no bastaron las arcas de la torera gleba
para calmar la pródiga fecundidad vivida
a lomos del Pegaso que a la gloria le lleva.

Con gesto soberano a su grey trashumante
la vindicó del hambre con su acervo de oro,
y no hubo *siguiriya*, ni *soleá*, ni *cante*,
que no fueran prendidos a los cuernos de un toro.

* * *

Después, la vida pasa y la muerte en acecho,
inmola en su mandato la fibrosa figura
de un torero tan grande, que no cupo en el lecho,
rectangular y eterno de eterna sepultura.

Con el sol de su ocaso, un columpio de gloria
sembró la rubia arena del palenque taurino,
poniendo un hito alegre al borde de la historia
que habría de perdurar en su largo camino.

Y el aroma de Cuba se abatió sobre el ruedo
en obuses simbólicos de cálidos conjuros,
...¡que ahora expele la Parca con aliento de miedo
llevando entre sus dientes aromáticos puros!

F. GONZÁLEZ LÓPEZ

El Toledo de mi interior

*Para mi amigo
Antonio Moriel Berdugo*

No voy hablaros ahora del Toledo
en su místico ascenso al paraíso
de Dios, como si fuera al indeciso
palio que arropa el cáliz del roquedo.

Para hablaros de la ciudad, enredo
mis vértebras sensitivas.

Preciso
recordar oquedades donde quiso
acoplar el amor nidos de fuego.

Voy hablaros de sus calles enjoyadas
de labios y de rizos. Impregnadas
de aromáticas hierbas

...Y de oscuros
cobertizos. Del Zoco colorista,
del fervor popular y de extramuros...
de ella... del poeta actual y del artista.

JULIÁN LANCHAS JIMENEZ

CORAZÓN

Mío corazón...
péndulo que regula
las horas de mi pasión.
Corazón arruinado,
retrato desterrado
del pecho de la mujer.
Sólo herrumbre
y... frío,
ausencia de lumbre,
flor de la sangre,
hastío
de un Sahara
abrumador,
satélite del Amor...

JULIÁN LANCHAS JIMENEZ

Moratin o el disfavor popular

En 1960 se celebró el segundo centenario del nacimiento de D. Leandro Fernández de Moratín. Fué un centenario que pasó casi desapercibido, pese a una edición de sellos de Correos y algunos estudios y artículos —pocos—, entre los que destacaba el magnífico ensayo de Julián Marías, publicado en su obra «Los Españoles». Ni siquiera una representación de «El Sí de las Niñas».

Evidentemente, Moratín nunca ha sido una figura popular; y quisiéramos ver aquí las causas principales de su impopularidad. Estas pueden ser tres: Su personalidad humana, su circunstancia histórica y su obra literaria.

PERSONALIDAD HUMANA.—Moratín es un hombre equilibrado, mesurado. En su carácter predomina la templanza. Conviene tener en cuenta estos datos al situar a Moratín en un pueblo —como el español— fogoso y apasionado. Moratín no era un hombre de encanto personal. Su rostro, de sí poco hermoso, había quedado afeado por unas viruelas. Era tímido, poco dado a exhibiciones, escasamente valeroso pero de extraordinaria calidad moral; cualidades y defectos, todos ellos, que seducen poco a las muchedumbres. Los españoles siempre han sentido muy poca atracción por «el justo medio», por «el fiel de la balanza». Incluso cuando se orientan en sentido moral prefieren la ascética a la ética. Moratín es un intelectual selecto, de mentalidad crítica. Pertenece a los «Ilustrados» del siglo XVIII y sabe muy bien, de entre la abundante paja, limpiar el grano.

Si nos atenemos a la teoría de Laín Entralgo sobre las dos Españas: una progresista, europeizante, abierta y generosa; y otra tradicional, dogmática y cerrada, Moratín pertenece de lleno a la primera. Moratín ha viajado por Europa, ha vivido en Europa. Moratín, siempre atento y minucioso, ha podido comparar niveles de vida, civismo, educación popular, progreso económico y científico. España, desgraciadamente, se quedaba muy atrás. Eran las consecuencias naturales de haber tenido a un pueblo, durante siglos, sin haberle enseñado a pensar y a razonar por su cuenta. Los españoles, de espaldas a las conquistas filosóficas europeas (en que leer a Descartes era grave pecado); en pugna con los criterios experimentales que se iniciaron en el Renacimiento; acostumbrados a aceptar —sin revisiones personales— un hermético dogmatismo, impuesto a veces violentamente, y que desbordaba el campo religioso y se extendía a las costumbres, a la sociología, a la política y a la moral, creando un clima angustioso y depresivo, no podían estar en condiciones de rimar mentalmente con un hombre del corte psicológico de Moratín.

Naturalmente que el pueblo español no era responsable directo de su cerrazón tradicional, así como tampoco —en otros aspectos— de sus apasionados desbordamientos. Son al rey Basillo y a los Clotaldos de las distintas épocas, a los que únicamente se les puede exigir responsabilidad por la conducta de Segismundo en palacio (1).

Moratín, español y viajero, sentía dolor por el atraso de su patria. Hombre de buen sentido y dotado de extraordinaria agudeza, no podía compartir los postulados de la vida social de su pueblo. Tenía necesariamente que discrepar de aquella moral consuetudinaria, irracional y subrepticia; de aquel dogmatismo irreal, exagerado e incomprendible. De ahí el divorcio del ambiente espiritual de la España de su época con la mentalidad de Moratín.

CIRCUNSTANCIA HISTÓRICA (Su afrancesamiento).—Si miramos superficialmente y «grosso modo» el panorama histórico de la Guerra de la Independencia, a los afrancesados de aquel momento habría que calificarlos de traidores a la patria. Sin embargo, el problema es más complejo. Frente a las fuerzas napoleónicas luchó el pueblo español con un profundo sentido patriótico. Fue una lección ejemplar de auténtico heroísmo. Pero mezclado con este pueblo sacrificado y heroico figuraba también todo el grueso de la «reacción» española con su programa tenebroso de Absolutismo, Inquisición, opresión mental, autoritarismo despótico, etc. Aquí, sin duda, empezó a dudar Moratín. Por otro lado, si José Bonaparte era un

intruso, Fernando VII era un hombre de muy baja condición humana y se podía prever en él, con facilidad, a uno de los monarcas más funestos de nuestra Historia.

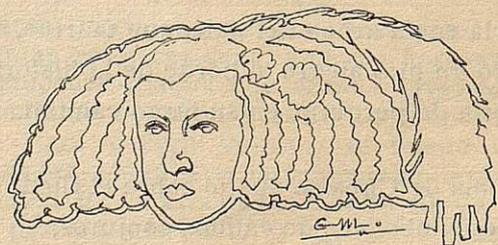
Además, Moratín, hombre inteligente, debió percatarse de que los ideales de la Revolución Francesa tenían caracteres universales, y creyó que debían estar garantizados por el triunfo de Napoleón. (Las Cortes de Cádiz eran un bello ensayo condenado al fracaso tan pronto triunfara Fernando VII). Si hoy tenemos en cuenta que estos nobles ideales (Derechos del Hombre, igualdad jurídica de los ciudadanos, Constitución, Democracia, etc.), constituyen la meta de todos los países civilizados, comprenderemos que la actitud de Moratín, si bien no puede ser totalmente plausible, tiene en cambio una gran disculpa; aunque esta actitud, como es lógico, le acarrearía la antipatía de su pueblo.

SU OBRA LITERARIA.—La obra de Moratín es parca y depurada. Mencionadas «El Barón», «El Viejo y la Niña», «La Mogigata», «La Comedia Nueva» y «El Sí de las Niñas», casi hemos agotado toda la producción teatral moratiniana. Respecto a «El Sí de las Niñas», sería difícil —en opinión de los técnicos— encontrar en la Historia del Teatro Español una comedia más acabada, más perfecta, más académica que ésta. No obstante su academicismo, hay naturalidad, gracia, lozanía. Hoy, al cabo de los años, se lee con extraordinario gusto. «El Sí de las Niñas» conserva aún su mensaje, aunque cada vez, afortunadamente, para sectores más reducidos. Y es que todavía quedan padres (gracias a Dios los menos) que siguen ejerciendo coacción en esas zonas personalísimas e íntimas de los hijos, como pueden ser matrimonio, vocación, ideologías, creencias, etc., pasando con pasmosa facilidad, del consejo honesto y educativo a la cruel imposición.

La obra de Moratín es crítica y pedagógica. Es un intento de encauzar el teatro por una senda noble y digna, librándole del exagerado conceptismo y de la irrealidad fantasmal que imperaba en aquellos años. A Moratín le preocupaba lo que pudieran pensar en el extranjero de la cultura española. En «La Comedia Nueva», acto segundo, escribe: «¿Qué pensarán de nuestra cultura los extranjeros que vean la comedia de esta tarde? ¿Qué dirán cuando vean las que se imprimen diariamente?» En Moratín volvemos a encontrar un teatro realista, sujeto a unas reglas en cierto modo invariables, costumbrista y moralizador. Pero como su finalidad era la depuración del teatro español de su época, su obra tiene un marcado tecnicismo y su orientación es más hacia los autores que hacia el público. De ahí su frialdad y esa ausencia de espontaneidad y gracia tan necesarias para calar en los ambientes populares.

Hoy, cumplidos ya los doscientos años de su nacimiento y cuando tanto se habla de unión Europea, hemos querido traer a nuestras páginas la figura de un gran europeísta. Los que ambicionamos una España incorporada a Europa, con costumbres, economía y política europeas, rendimos fervoroso homenaje a la memoria de D. Leandro Fernández de Moratín.

JESÚS SANTOS



(1) En «La Vida es Sueño», hay un simbolismo político-social inédito que no pudo intuir el mismo Calderón. La relación «Segismundo-pueblo español» es evidente y en este aspecto esperanzadora.

EDITH PIAF: Gorrioncillo de París

Corría el año 1935. Un elegante caballero camina presto por una callejuela parisina. De repente se detiene. De un patio cercano le llega una conocida melodía, interpretada por una voz deliciosa. «¿Quién canta?» se pregunta a sí mismo. Retrocede unos pasos y franquea una destartalada puerta. Ahora el caballero se encuentra en un patio de vecindad. En el centro del mismo dos adolescentes cantan. La melodía se acaba. Las ventanas se cierran. Algunos espectadores, pocos, han arrojado antes, a las «artistas», unas monedas. El caballero se acerca a las niñas.

—¿Cómo te llamas?, pequeña —inquire de la más menudita.

—Edith Gassión.

—¿Por qué cantas en la calle?

—Señor; es necesario comer.

—Toma. Y ven mañana a verme si lo deseas.

El caballero se aleja. Edith sostiene entre sus dedos una blanca tarjeta que emocionada no acierta a deletrear.

—Trae acá —le conmina su amiga.

Y la otra jovencita lee: «Louis Leplée —«Le Gerny's»— Rue P. Charrrón, n.º 54». Las dos chiquillas se miran estupefactas. Edith, comenta:

—No es posible.

—Lo es.

—Será una broma.

Pero no lo era. Louis Leplée recibe a la pequeña Gassión al día siguiente.

Le hace de nuevo cantar. Al final le pregunta:

—¿Sabes lo que es un «piaf»?

La niña sonrió. Vaya que lo sabía. Si ella se había criado en la calle, como un gorrioncillo más. Pues eso era un «piaf»: el clásico gorrion de París.

Unas pocas semanas más tarde, muy pocas, «Le Gerny's» presenta su nueva estrella: EDITH PIAF. La noche es memorable. El público escucha fascinado. Se perfila ya la gran trágica de la canción que sería años después. Ante la voz de Edith Piaf, nadie puede permanecer indiferente. Mauricio Chevalier, que se encuentra entre los asistentes, exclama entusiasmado: «¡Bravo la môme!»

A altas horas de la madrugada, en la soledad de su habitación, la pequeña Gassión, incapaz de conciliar el sueño, después de tantas emociones, rememora su infancia.

* * *

El primer recuerdo corresponde a



Edith Piaf en plena actuación. La simple contemplación de la artista es impresionante. El «gorrión de París» se da íntegro en su canción. Obsérvese, pendiente de su cuello, la medalla de Santa Teresita

su abuela; pues a su madre no llegó a conocerla: Lina Marsa, la cantante de cabaret, le abandonó cuando apenas había cumplido dos meses. Y su pobre padre, el titiritero, sólo tiene un recurso: llevarla con la abuela. Aquella vieja matrona que dirige un hotel de ínfima categoría: el Bernay. Allí, hasta los nueve años, en que vuelve su padre a buscarla, vive la niña una existencia miserable. El vino substituye muchas veces a la leche. Años más tarde, un médico atribuiría su raquitismo a esta desgraciada anomalía en la alimentación. Y a los tres años, la pequeñita Gassión se queda ciega, a consecuencia de una conjuntivitis mal cuidada. Pero un alma piadosa hace posible que la enfermita vaya a Lisieux. Edith ora con tal fervor que Santa Teresita hace el milagro de devolverle la vista. Su espíritu sensible queda profundamente conmovido. En las imágenes que ahora puede contemplar de la santa, descubre la razón de vivir. Y aunque en el transecurso del tiempo su vida no se ha desenvuelto dentro de una estricta ortodoxia, ella por nada del mundo se separaría de la medalla de Teresita que lleva colgada de su cuello.

Cuando papá volvió a buscarla Edith tiene nueve años y juntos emprenden una larga «tourne»: de pueblo en pueblo, de arrabal en arrabal, Louis Gassión y su hija van ganando su sustento. La niña le ayuda a hacer

el número de acrobacia, y al final, canta para el humilde auditorio. Su voz es débil, pero sus ademanes, su dicción, su «pose», ya saben encontrar el camino del corazón. Así, hasta que un día se cansa de aquella áspera bohemia. No se rebela: huye.

Hasta encontrarla de nuevo en aquella calle de París, cantando para los transeuntes, han sucedido muchas cosas. Es un pasado sobre el que preferimos tender un piadoso velo.

* * *

La «môme» Piaf ha llenado toda una época de la canción. Conquistó gloria y dinero. Aunque su gran corazón le ha llevado a vivir casi «al día». Y sufrió en su espíritu y en su carne el gran tributo que le cobró, a cambio de su triunfo, la vida. Louis Leplée, su protector, aparece un día misteriosamente asesinado; a más de perder al hombre que quería, se vió perseguida por denigrantes sospechas. Años más tarde su corazón vuelve a ilusionarse: Marcel Cerdán es el elegido, pero de nuevo la tragedia se le arrebató. Al fin se casa con el cantante Jacques Pills; que constituyó su más grave desilusión sentimental. Desde entonces Edith ha mirado con prevención al amor, conformándose únicamente con la amistad. Hasta que llegó Theo Sarapos, ese altísimo y despeinado griego, 23 años menor que ella, con el que acaba de casarse.

Edith, la frágil Edith, tantas veces al borde de la muerte, campeona de accidentes e intervenciones quirúrgicas, parece ha encontrado en este muchacho el equilibrio. Ella, al menos, feliz y enamorada como una quinceañera, desde el escenario del teatro Olimpia de París, ha cantado para un público heterogéneo, en el que las duquesas de la Av. Foch se codearon con las pescaderas del barrio de la Bastilla, esa canción que al día siguiente de su estreno tataraba toda Francia: «A quoi ça sert l'amour».

La gran trágica de la canción moderna encontró una vez más, por derroteros increíbles, el camino que lleva al corazón de las gentes. «¡Bravo la môme!»

Fernando Jiménez de Gregorio:

**“Los Pueblos de la Provincia de Toledo
hasta finalizar el siglo XVIII”. Tomo I.
Toledo, 1962; VII-490 págs., XI láminas**

Cuanto teníamos noticias de las investigaciones llevadas a cabo por el catedrático y académico toledano D. Fernando Jiménez de Gregorio, esperábamos con impaciencia la aparición de esta obra, de la que bien puede decirse sin tópicos ni concesiones que constituye un jalón fundamentalísimo en la bibliografía toledana. Lo anunciábamos ya en 1960, cuando el trabajo maduraba en una Revista de Lisboa, y nos ratificamos hoy plenamente en ello tras la publicación de esta su Primera Parte.

Comienza la obra por unas *Notas preliminares*, en que el autor puntualiza la base documental y bibliográfica, incluyendo, asimismo, una *Nómina de vocablos en desuso utilizados en este Primer Tomo*, que nos agradecería fuese el prelude de un utilísimo Diccionario de otrora. Sigue la descripción alfabetizada de municipios, que alcanza los despoblados, alquerías y dehesas de dichos términos; la exposición es completa, desde múltiples puntos de vista, se nos antoja que sin dejar el más leve resquicio: terreno, clima, vegetación, fauna, agricultura, ganadería, industria, comercio, enfermedades, demografía, salubridad, datos históricos, hijos ilustres. La relación de este Primer Tomo comprende de Ajofrín a Mora, con un total de 121 municipios, sin contar los aledaños citados. Concluyen 11 láminas con otras tantas fotocopias de importantes documentos utilizados como *fuentes* del trabajo.

Tiene la obra del Profesor Jiménez de Gregorio una virtud fundamental, y ella es su absoluta independencia del tiempo en que se hizo. Podríamos deslindar *a grosso modo* los relatos historiográficos en dos grupos: uno de ellos, el

más numeroso sin duda, lo integran aquellos que brotan y cumplen su misión en una época determinada, inexorablemente unidos a un tiempo que constituye la razón misma de su existencia; comprende el otro, mínimo en número, aunque gigantesco en calidad y significado, aquellos escritos, como el presente, que preñados de material inédito y fruto, no de fugaz improvisación, sino de lenta y madura reflexión, se ven catapultados hacia el futuro; grata recompensa al investigador paciente, que le resarce sobradamente del anonimato a que suele relegarle su voluntario apartamiento de los fortuitos convencionalismos de su época.

Jiménez de Gregorio se ha apuntado, con la publicación de esta obra, un éxito indiscutible. Mas los éxitos para el intelectual consciente aumentan penosamente su carga. Tal sucede aquí. Nuestro autor ha demostrado con ello que maneja casi todos los hilos de esa intrincada red de saberes, que precisa una investigación de tan amplios alcances; ha manejado una copiosa bibliografía, tiene en la mano una serie de importantísimos documentos, buena parte de ellos inéditos. Unos años más de búsqueda y meditación —avalados por la ayuda moral y material de quien corresponda, y que en estos casos debiera ser incondicional y casi automática—, y veríamos estructurada esta magna empresa que es el minucioso y global conocimiento de la provincia de Toledo hasta nuestros días, y que en definitiva supone nada menos que colaborar, en gran manera, a conocer España.

R. SANCHO DE SAN ROMÁN

Toledo, Diciembre de 1962.

AMIGO IMAGINARIO.-Justo Guedeja Marrón.-Colección Rocamador.-Núm. 7.-Palencia.-1962

AMIGO IMAGINARIO es el segundo libro de Guedeja Marrón, que hemos tenido el placer de leer en poco tiempo (publicado hace unos meses, el silencio de nuestra Revista ha impedido su recensión hasta este momento).

Es costumbre, al hablar de un libro, exponer las ideas que éste nos sugiere, y luego corroborar nuestras aseveraciones con unos versos.

Hoy hemos elegido un camino mucho más fácil en la crítica. Primero la poesía de Guedeja Marrón, y como ella, por sí sola, vence y convence, nuestra labor será mínima.

Casi al azar elegimos dos composiciones de las veintiocho de que consta AMIGO IMAGINARIO.

la partida

Juego de luz y sombras, era un hombre.
Se fue súbitamente cierto día
en que el sol imperaba y en los nidos
abril entronizaba albaravías.
¿Su nombre? ¿Acaso importa? Tenía un alma,
era un prójimo nuestro que reía
a veces pocas veces, y otras muchas
ahogaba en llanto las escasas risas,
un llanto seco, interno —como en hombre—
era en sus ojos la humedad estigma—,
¿Su historia? No era tal; si amargo cuento
de áspera prosa, triste, realista;
de proyectos fallidos, vino aguado
y quinielas sin premios. Una vida
elevada a la enésima potencia,
huérfana de ternura y de poesía.
Le sintieron muy pocos. Fue su pena
equivocado gesto. La alegría

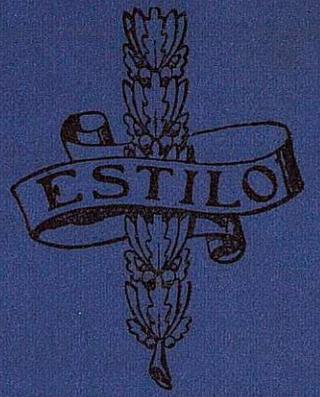
de su liberación celebró el cielo
vistiéndose la túnica más limpia,
la del azul total, ilimitado
para brindarle al fin una sonrisa.

el verano

Gualdas los verdes de la primavera
aquí está ya el verano polvoriento.
¿Qué inexistente pozo nos daría
para la sed que nos traerá frescos?
¿La sientes en tus labios? Por mi boca
noto una sed sin sed: es un secreto
desear la humedad de una ternura
que tampoco es ternura, pero es cierto
que como sed parece, pues abrasa,
y como sed encarna en un deseo.
Ante velados cielos tormentosos,
en la aridez pajiza de los secos
campos que el sol ataca en torbellino,
se detiene y soterra el pensamiento.

Este es el poeta Justo Guedeja. Sencillo, profundo, suave, persuasivo y trascendental. Nos da verdad y belleza como si tal cosa, con un poco de amargura y esperanza. Con un poco de consuelo y desesperación. En una ambivalencia de soñador puro y apasionado realista, es un fino captador de la psicología humana en la gigantesca lucha del hombre y su circunstancia histórica.

S. de Castro



Asociación
de
Artistas
Toledanos